

ESGLÉSIA

DE

MENORCA

Butlletí oficial del Bisbat

La misión no es destrucción de valores

¿Cuántos y cuáles son los valores presentes en el hombre? Recordemos rápidamente los aspectos esenciales de su naturaleza, como la vida, la espiritualidad, la libertad, la dignidad, la capacidad de entrega y de amor; los provenientes del contexto cultural en que esta situación, como el lenguaje, las formas de expresión religiosa, ética, artística, los derivados de su tarea y de su existencia en la vida personal y en la de su familia, del trabajo y de las relaciones sociales.

Con este mundo de valores, más o menos auténticos y desiguales, es, pues, con el que el misionero entra en contacto en su obra de evangelización. Frente a ellos, deberá adoptar una actitud de escucha y respetuosa reflexión, preocupándose no de destruirlos, sino de salvar y desarrollar tales bienes acumulados en el curso de las tradiciones seculares.

SUMARI

JOAN PAU II

Mensaje del Papa para el Domund 1979 pàg. 253

DOCUMENTS DEL BISBE

Homilia a Ferrerías (16-9-79): La fe i les obres pàg. 257

Esforç i superació: Carta als equips de la Mare de Déu pàg. 260

Ses catequesis del Bisbe: Carta oberta als pares que tenen fills
en edat escolar pàg. 261

Carta oberta als professors que fan escola a Menorca pàg. 263

JOAN PAU II

MENSAJE DEL PAPA PARA EL DOMUND 1979

A todos mis hermanos e hijos en Cristo:

Al inaugurar mi ministerio apostólico el domingo 22 de octubre del pasado año —fecha que felizmente coincide con la Jornada Misionera Mundial en la Iglesia Católica— no pude omitir, entre las intenciones primarias que hervían en mi ánimo en aquella solemne circunstancia, la referencia al problema siempre actual y urgente de la dilatación del Reino de Dios entre los pueblos no cristianos. Refiriéndome, en efecto, a todos los fieles esparcidos por el mundo, recordé cómo aquel día oraba la Iglesia, meditaba y actuaba, para que las palabras de vida de Cristo llegasen a todos los hombres; para que las acogiesen como mensaje de esperanza, de salvación, de liberación total (cfr. A. A. S. LXX, 1978, p. 947).

Aquel pensamiento se ha renovado en mí, mientras componía la primera Carta Encíclica y trataba el tema de la misión de la Iglesia al servicio del hombre; y ahora vuelve a vibrar todavía más insistentemente, a la vista de la Jornada Misionera del próximo otoño. Al respecto, me parece oportuno repetir y desarrollar una afirmación que en la mencionada encíclica pude sólo enunciar, al escribir que “la misión no es jamás una destrucción, sino una reasunción de valores y una nueva construcción” (n. 12). En verdad, la expresión puede ofrecer un tema adecuado para nuestra común reflexión.

La misión no es destrucción de valores.

¿Cuántos y cuáles son los valores presentes en el hombre? Recuerdo rápidamente los aspectos específicos de su naturaleza, como la vida, la espiritualidad, la libertad, la sociabilidad, la capacidad de entrega y de amor; los provenientes del contexto cultural en que está situado, como el lenguaje, las formas de expresión religiosa, ética, artística; los derivados de su tarea y de su experiencia en la esfera personal y en la de su familia, del trabajo y de las relaciones sociales.

Con este mundo de valores, más o menos auténticos y desiguales, es, pues, con el que el misionero entra en contacto en su obra de evangelización. Frente a ellos, deberá ponerse en actitud de atenta y respetuosa reflexión, preocupándose de no sofocar jamás, sino de salvar y desarrollar tales bienes acumulados en el curso de las tradiciones seculares.

Es preciso reconocer el afán constante en que el trabajo misionero se inspira y debe inspirarse al acoger estos valores del mundo en el cual se inserta; la actitud de fondo en los que portan el alegre anuncio del Evangelio está en proponer, y no ya imponer, la Verdad cristiana.

Lo reclama, ante todo, la dignidad de la persona humana, que la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, ha defendido siempre contra cualquier aberrante forma de coerción. La libertad, en efecto, es presupuesto fundamental e irrenunciable de tal dignidad (cfr. declaración *Dignitatis humanae*, n. 2).

Lo requiere también la naturaleza misma de la fe, la cual únicamente puede nacer de un asenso libre (cfr. *Ibid.*, n. 10).

El respeto por el hombre y la estima “por lo que él mismo en lo íntimo de su espíritu ha elaborado tocante a los problemas más profundos y más importantes” (encícl. *Redemptor hominis*, n. 12), quedan como principios básicos para toda actividad misionera recta, entendida como prudente, oportuna, trabajosa, siembra evangélica; no ya como erradicación de lo que, siendo auténticamente humano, tiene un intrínseco y positivo valor.

La misión, reasunción de valores

Las nuevas Iglesias —se lee en el decreto *Ad Gentes*—, de las costumbres y de las tradiciones, del saber y de la cultura, de las artes y de la ciencia de sus pueblos, saben recabar todos los elementos que valen para dar gloria al Creador, poner a la luz la gracia del Salvador y organizar bien la vida cristiana” (n. 22). La acción evangelizadora debe mirar, por tanto, a poner de relieve y desarrollar lo que de válido y sano está presente en el hombre evangelizado, así como en el contexto sociocultural a que pertenece. Con un método atento y discreto de educación (en el sentido etimológico de “sacar fuera”), hará emerger y madurar, después de purificados de las incrustaciones y sedimentos acumulados por el tiempo, los auténticos valores de espiritualidad, religiosidad y caridad, que, “cual semillas del Verbo” y “signos de la presencia de Dios”, abren el camino a la aceptación del Evangelio.

Haciendo propia “la riqueza de las naciones que han sido asignadas a Cristo en herencia” (cfr. *Decr. Ad Gentes*, n. 22), e iluminando con la palabra del Maestro la suma de costumbres, tradiciones y concepciones que constituyen el patrimonio espiritual de los pueblos, contribuirá la Iglesia también a la construcción de una civilización nueva y universal, la cual, sin alterar la fisionomía y los aspectos típicos de los diversos contextos étnico-sociales, alcanzará su perfeccionamiento en la adquisición de los más altos contenidos evangélicos. ¿No es acaso éste el testimonio que nos viene de tantos países de misión (pienso, por ejemplo, en las Iglesias de África), donde la fuerza del Evangelio, libre y conscientemente aceptado, lejos de anular ha potenciado las tendencias

y los aspectos mejores de las culturas locales y ha favorecido su ulterior desarrollo?

“El Evangelio de Cristo —recuerda también el Concilio en una bella página de la Constitución *Gaudium et Spes*— renueva continuamente la vida y la cultura del hombre caído; combate y remueve los errores y los males, derivados de la siempre amenazadora seducción del pecado. Continúa purifica y eleva la moralidad de los pueblos. Con la riqueza sobrenatural fecunda del interior, fortifica, completa y restaura en Cristo las cualidades espirituales y las dotes de cada pueblo. De tal modo, la Iglesia, cumpliendo su misión, estimula ya con ello y presta su contribución a la cultura humana y civil...” (n. 58).

La misión, una nueva construcción

La acción evangelizadora, atendiendo a transformar “desde dentro” a toda criatura humana, introduce en las conciencias un elemento renovador, capaz de alcanzar, y como convertir, mediante la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas del pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el proyecto de la salvación (cfr. Exort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, n. 19). Solicitado por tal empuje interior, el individuo es conducido a tomar mejor conciencia siempre de su realidad de “cristiano”, o sea, de la dignidad que le es propia en cuanto ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, ennoblecido en su misma naturaleza por el acontecimiento de la Encarnación del Verbo, destinado a un ideal de vida superior.

Encontramos aquí las bases del “humanismo cristiano”, en el que los valores naturales se compaginan con los de la Revelación: La gracia de la filiación adoptiva divina, de la fraternidad con Cristo, de la acción santificadora del Espíritu.

Resulta entonces posible el nacimiento de la “nueva creatura”, rica a un tiempo de valores humanos y divinos; he aquí el “nuevo hombre”, elevado a una dimensión trascendente, de la que trae la ayuda indispensable para dominar las pasiones y para practicar las más arduas virtudes, como el perdón y el amor al prójimo, que se ha hecho hermano.

Crecido en la escuela del Evangelio, el “hombre nuevo” advierte el empeño de hacerse sostenedor de la justicia, de la caridad y de la paz, en el contexto socio-político al cual pertenece, y se hace artífice o, por lo menos, colaborador de la “nueva civilización”, que tiene en el Sermón de la Montaña su Carta magna. Aparece claro así que la renovación promovida por la actividad evangelizadora, aun siendo esencialmente espiritual, va derecha al corazón de la grave y agobiante cuestión de las injusticias y de los desequilibrios económicos y sociales, que atormentan

a tanta parte de la humanidad; y puede contribuir a su solución. Evangelización y promoción humana, en suma, incluso permaneciendo netamente distintas (cfr. Exort. Apost. Evangelii Nuntiandi, n. 45) están entre sí vinculadas con un nexo indisoluble que significativamente encuentra su soldadura en la más alta virtud cristiana, la caridad. "Donde llega el Evangelio, llega la caridad", afirmaba mi predecesor, Pablo VI, en el Mensaje para la Jornada Misionera de 1970.

Y, de hecho, los misioneros jamás han venido a menos en este empeño fundamental, esforzándose siempre por integrar su específico servicio "pro causa salutis" (por causa de la salvación) con una decidida y constructiva acción para el desarrollo. De ello, es una espléndida demostración el florecimiento, en todos los países de misión, de escuelas, hospitales, institutos, en los que se ampara toda una serie de iniciativas en el campo técnico, asistenciales, culturales, las cuales son fruto de duros sacrificios personales por parte de los mismos misioneros, así como de renunciaciones desconocidas de tantos hermanos suyos que residen en otra parte.

Edificando la nueva humanidad permeada por el Espíritu de Cristo, la actividad misionera se presenta, al mismo tiempo, como el instrumento idóneo y eficaz para resolver no pocos de los males del mundo contemporáneo: injusticia, opresión, marginación, explotación, soledad. Es una obra —como se ve— inmensa y exaltante, a la que cada cristiano está llamado a dar su propia contribución.

La cooperación y las Obras Misionales Pontificias

En realidad, la difusión del anuncio de salvación, lejos de ser prerrogativa de los misioneros, es un deber grave que incumbe a todo el Pueblo de Dios, como ha reconocido autorizadamente el Concilio: "Todos los fieles, como miembros del Cristo viviente, tienen la estrecha obligación de cooperar a la expansión (...) de su Cuerpo" (decr. Ad Gentes, n. 36). Acerca de este deber, por ello, no puedo dejar de detenerme en la conclusión de éstas mis palabras.

Los que, habiendo recibido el don de la fe, gozan de las enseñanzas de Cristo y participan de los Sacramentos de su Iglesia, justamente en virtud del mandamiento de amor y —lo diré— por la solidaridad de la caridad, no pueden desinteresarse de millones de hermanos a los cuales aún no se ha llevado la Buena Nueva. Deben participar en la acción misionera, ante todo, con la oración y con el ofrecimiento de los propios sufrimientos; éste es el modo de colaboración más eficaz desde el momento en que, precisamente mediante el Calvario y la Cruz, Cristo lleva a cumplimiento su obra redentora. Deben, pues, sostenerla con generosas ayudas concretas, porque en tierras de misión son inmensas e innumerables las necesidades de orden material.

Tales ayudas, recogidas a través de las Obras Misionales Pontifi-

cias —órgano central y oficial de la Santa Sede para la animación y cooperación misionera— serán distribuídas sucesivamente, según justicia y oportunidad, entre las Iglesias jóvenes. “A estas Obras —advierte el Concilio— debe reservarse el primer puesto, pues constituyen otros tantos medios para infundir en los católicos, desde la más tierna edad, un espíritu verdaderamente universal y misionero...” (Decr. Ad Gentes, n.38). Son ellas las que aseguran una eficiente coordinación en la visión global de las esperanzas y de los recursos; desde ellas se reparte, ramificándose, la red capilar de la caridad misionera. Mas su razón de ser no se reduce sólo a una función organizativa. En realidad, están llamadas a ejercer un papel de activa mediación y de comunicación intereclesial, favoreciendo un contacto frecuente y fraterno entre las diversas Iglesias locales; entre las de antigua tradición cristiana y las de reciente fundación. Y ésta es una función mucho más alta, porque refleja directamente, y promueve, la circulación de la caridad.

Expresando desde ahora viva gratitud a cuantos acojan con corazón abierto el presente mensaje, invoco la plenitud de los favores celestiales sobre los venerables hermanos del Episcopado, sobre sus Comunidades diocesanas, así como, especialmente, sobre cada uno de los misioneros y misioneras, y sus institutos, mientras en prueba de afecto y recordación a todos imparto la bendición apostólica.

El Vaticano, 14 de junio, Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, del año 1979, primero de mi Pontificado.

**JUAN PABLO
PP. II**

DOCUMENTS DEL BISBE

HOMILIA A FERRERIAS (16-9-79)

La fe i les obres

Estimats amics sacerdots,

Estimats amics i germans de Ferreries,

Hem escoltat les lectures d'aquest diumenge 24 de l'any litúrgic. Trob que el pensament que les sintetitza i que és com el nucli del qual n'hem d'extreure nosaltres una lliçó per a la nostra vida cristiana de cada dia, són les paraules de la carta de Sant Jaume en la segona lectura, on se'ns diu: “Si no hi ha obres, la fe tota sola és morta”.

Efectivament; examinau en la primera lectura el clam del profeta. Isaïes confia en el Senyor, que és la seva defensa, i el seu jutge. Ell, el profeta, duu a terme la seva obra. No es fa enrera. Ha escoltat la veu del Senyor i ell no l'ha resistit, sinó que, actuant segons el manament que havia rebut, ha hagut de sofrir les ofenses i les injúries dels seus acusadors. I açò no l'ha fet desdir de la missió que havia rebut. Ha confiat en Déu, perquè tenia fe en ell i ha demostrat aquesta fe en el compliment de la seva actuació.

Examinau també el text que ens han llegit de l'Evangelí. Pere, el primer Apòstol, que ha seguit Jesús des del principi de la seva predicació, el confessa com el Messies esperat. Pere, i els altres deixebles també, han vist una actuació, una manera de comportar-se en Jesús, per mitjà de les obres, que ha fet, que no tenen més remei que manifestar-li que si la gent diu que Jesús és Joan Baptista, o Elies, o qualcú dels profetes, ell ha de dir: "Vos sou el Messies".

I fixau-vos també en un altre detall. Per la fe viva, que vol dir creure en Aquell que l'ha enviat i complir, per les obres, exactament la missió que s'ha rebut, tan Isaïes com Jesús, parlen del sofriment i de la creu. Isaïes diu: "He parat l'esquena als qui m'assotaven i les galtes als qui m'arrancaven la barba". Jesús instrueix els seus deixebles, respondent així a Pere: "El Fill de l'home ha de patir molt; Si qualcú vol venir amb mi, que es negui ell mateix, que prengui la seva creu i m'acompanyi."

I finalment, vull que vos en temeu que tan el profeta Isaïes, com Jesús accepten la seva missió i s'obren, ben oberts, al compliment d'ella, ni que sigui dolorós i dur. Isaïes continua profetitzant, Jesús continua predicant la Bona Nova del seu Regne, sabent un i altre el que els espera. Perquè hi pot haver un conjunt de circumstàncies o un impuls interior que facin que siguem generosos i fins i tot heroics. Però un primer moviment nostre pot ofegar aquest impuls i rebaixar-nos a intencions no tan ambiciososes, quan potser després l'evolució dels fets acabarà per exigir-nos imperiosament aquella primera decisió i farà que tinguem força per llançar-nos cap avant dins l'obscuritat d'un futur que ens pot fer por.

He vingut avui a concelebrar aquesta Eucaristia amb aquests amics sacerdots i amb tots vosaltres, bons germans de Ferreries, precisament perquè volem demostrar la nostra fe amb les obres, malgrat el sofriment que hi puguem trobar uns i altres i també perquè ens volem posar en aquesta obertura d'amor que ens predica el Crist, avui tan necessària a la nostra Església.

I jo, estimats en Crist, vos he de felicitar i sobretot agrair la feina pastoral realitzada a Ferreries. Són molts els qui hi col·laboren, els qui hi col·laborau. I així, amb les obres, demostrau la vostra fe. I açò sabeu fer-ho, i esper que continuareu fent-ho, dic açò sabeu fer-ho amb els sa-

cerdots que el bisbe, com a coordinador de la pastoral diocesana i de tots els qui fan feina, posa al vostre davant per anar-vos empenyent i ajudant en aquesta tasca pastoral. Les necessitats pastorals i personals, i també la vitalitat i el dinamisme de l'Església, fan que hi hagi canvis i reajustaments en la feina i en les persones que treballen en les diverses parròquies i ministeris. I açò demostra la nostra fe i les nostres obres en la Iglésia i per la Església, i comporta, tal com a Isaïes i a Jesús, segons les lectures d'avui, també un trencament, un sofriment, que ens dol, que afecta el nostre sentiment, però que és signe de disponibilitat, de nova empena i sobretot d'obertura als germans.

Amb aquest meu agraïment, ben sentit i íntim, voldria dir-vos estimats fills, que continueu estimant i apreciand els vostres sacerdots, tal com heu fet fins ara. Perquè la comunitat de Ferreries, ho sé i ho he palpat, estima els seus capellans. Si no els estimàs, no es preocuparia de si marxen o si queden, no vibraria com ho fa, no acudiria al seu bisbe, espontàniament o cridats per ell, per a donar el seu parer i donar a conèixer les seves necessitats i els seus desigs.

Idò, vos prec que agraïeu juntament amb mi, la feina que ara últimament i durant una llargada d'anys hi ha fet, vos ha fet, el Sr. Berto Vidal, ara en marxar cap a una altra parròquia. Jo sé, i vosaltres també ho sabeu, que fructificarà de debò, tot el que ha fet, perquè prové d'una fe demostrada amb obres i, com Jesús ens recomana al seu evangeli, d'un gra de blat sembrat que mor i es fa més fecund.

A ell i als qui queden aquí, en Josep Manguán, que ja coneixeu, i en Bosco Faner, que ve a substituir-lo, els vull dir que, si bé el bisbe té la responsabilitat final de decidir i ho fa pensant en el que és millor per a tots i assumeix tota la responsabilitat, no obstant, el bisbe no ho fa ni ho pot fer tot, sinó que necessita de la corresponsabilitat de tots.

Tant als moments transcendents de la vida, com als canvis decisius del seu ministeri, Jesús va sentir ben clarament els camins austers del sacrifici que li era necessari acceptar per a la salvació del món. El cristià ha de viure, segons l'exemple de Crist, perquè hi trobarà el model i la fortalesa d'una conformitat concreta a les disposicions que Déu li destina. Quan trobam la nostra creu, és llavors que tenim la seguretat de seguir el Crist i de fer que la nostra fe produeixi fruits de vida eterna.

Idò, per acabar, vos dic que desig que el vostre treball aquí sigui i suposi una nova embranzida, oberta a tots els vents. L'església avui necessita una fermesa en les conviccions essencials dels seus sacerdots i dels seus feels cristians. Però també necessita i reclama una obertura, una joventut, un seny, un sa pluralisme, uns membres dirigents en tots els camps d'apostolat, grups de matrimonis, catequesi, joves, etc. etc. que sapin acollir a tothom, sense tancar-se a res, que sapin treballar de conjunt, donant testimoni de la veritat que és Crist i res més.

Continuam, ara, tots junts, aquesta eucaristia i amb propòsit de viure la nostra fe, demostrada i feta més ferma que mai, amb les nostres obres, i amb el sofriment i el compliment del nostre deure que ella ens exigeix, sapiguem ratificar i assegurar la nostra intenció de seguir el Crist, que és el nostre únic camí, la nostra única veritat, la nostra única Vida.

ESFORÇ I SUPERACIÓ

Carta als equips de la Mare de Déu

Ciutadella, 20 de setembre del 1979

Estimats esposos dels equips de la Mare de Déu,

Unes reunions, ja fa estona programades que he de tenir a la península aquest cap de setmana, fan que no pugui assistir ni treure el cap a les vostres Jornades de Treball que celebrareu a Ferreries els dies 22 i 23 d'aquest mes, i per les quals m'heu invitat amablement. Ho sent de debò. I més, quan sé que la meva presència i la meva humil paraula podia dur-vos encoratjament i entusiasme, ara, al principi d'aquest nou curs i també per les circumstàncies especials que hem viscut aquests darrers dies a Ferreries.

Voldria que aquestes meves lletres suplissin aquesta absència i vos portassin també aquest encoratjament i aquest entusiasme de què vos parlava. Per açò, vos les escric i desitjaria que arribassin a temps per tal que no vos faltàs aquesta presència, "literària", almanco, del vostre bisbe.

Llig en el vostre programa, al final de tot, una espècie d'eslogan que hi heu posat: "Tota superació necessita un esforç i tot esforç és superació". Superació i esforç, esforç i superació. Podem dir que són paraules sinònimes, volen dir el mateix, encara que, certament, tinguin un lleu matís que les diferencia. Es tracta sempre, però, de vèncer dificultats, d'emprar la força —física o moral— per a aconseguir quelcom que té obstacles que s'han de salvar.

Me pens i crec que si vos reuniu per a començar aquest nou curs i feis unes jornades de treball és precisament per açò: per vèncer i superar els problemes i les dificultats que comporta, avui com sempre, la convivència familiar i també la convivència en la societat en què ens ha tocat de viure. Cercau solucions a tots aquests problemes i vos uniu en equips per ajudar-vos mútuament. I preparau els plans per mirar cristianament el demà, cercant la pròpia identitat, l'encoratjament de les vostres famílies i l'animació del poble, de la parròquia, de la diòcesi on viviu.

Jo vos dic: Endavant! Hala, idò!

No vos desanimeu mai, per difícils circumstàncies en què hàgiu de viure;

Siau sempre optimistes, malgrat els temps difícils que ens toquen;
Siau sempre ajuda i coratge pels altres, quan passin un moment difícil.

Ja veieu que són tres coses generals que vos dic però, al mateix temps, que podeu concretar molt i molt en la vostra vida. I que no són sinó una aplicació de les virtuts fonamentals que tot cristià ha de viure profundament:

Fe, que és ànim;
Esperança, que és optimisme;
i Caritat, que és ajuda als altres.

Que la meva benedicció afectuosa sigui penyora del fruit abundós que esper i esperau d'aquestes jornades de treball.

Amb el meu bon record i estima,

Antoni, bisbe de Menorca

SES CATEQUESIS DEL BISBE

Carta oberta als pares que tenen fills en edat escolar

Estimats radiooients,

La setmana passada vos rallava de l'ensenyança de la religió a les escoles, per aquest curs que acaba de començar. I em dirigia molt particularment als pares, i també als mestres, perquè són els més interessats en la recta i òptima solució del problema escolar, que jo els concretava en aquest punt de l'ensenyança de la religió. Com a conclusió de les meves paraules, deia als pares: "Ho deix a la vostra consciència". I ara trob que potser no n'hi havia prou en dir-los açò. Idò, per tal de dir-los qualque cosa de més, vull reincidir en el tema i avui faig aquesta meva catequesi que titula: "Carta oberta als pares que tenen fills en edat escolar". I els dic:

"Estimats pares, Bon dia!

Sí, ja sé que no és suficient i, almanco per a mi, el vostre bisbe, no és del tot satisfactori dir-vos els deures que teniu envers els vostres fills, referent a l'ensenyança de la religió i, per acabar, expressar la síntesi del meu pensament amb aquelles paraules: "Ho deix a la vostra consciència". No. Vos he de dir més cosa. Per açò, amb aquesta carta, —perquè de tu a tu amb tots i cada un de vosaltres ara no m'és possible— vull parlar amb tots, rallant amicalment, per posar-me al vostre costat i examinar junts els problemes que comporta l'educació dels vostres fills, apuntant aquí aquests problemes, ben patents, desitjant la so-

lució dels mateixos i urgint-vos a que hi feis feina amb tota il·lució i amb tot el vostre necessari i eficaç esforç.

Perquè, és ver, que el vostre problema escolar no és solament ni s'acaba només amb el problema de la formació religiosa i cristiana dels vostres fills. N'hi ha tants, n'hi teniu tants de problemes!

Hi ha problemes d'estructura que avui són conflictius. Si heu anat seguint aquests dies darrers les notícies que ens donaven els mitjans de comunicació, vos haureu enterat del renou hagut aquí i allà. Perquè qualque pare, per començar, potser ja té el problema de no trobar lloc on puguin anar a escola el seu o els seus fills. O almanco, no pot triar l'escola que voldria per a ells. Si falten escoles, si no estan en condicions, si la qüestió dels mestres no està ben solucionada. El cert és que la cosa no s'acaba d'aclarir i els que en sofreixen són els vostres fills.

Aquests problemes d'estructura, que són greus, sabem que vénen provocats no solament per les mateixes estructures actuals i pel creixement de la població escolar i per altres causes que ja vénen de lluny, sinó també per les diverses ideologies i concepcions sobre l'ensenyança. Fa estona que tot aquest problema de l'ensenyança està revoltat i les diverses forces polítiques malden per fer prevaler el seu punt de vista.

Altres pares teniu també el probleme econòmic en aquest camp, problema que s'ajunta als altres familiars i que repercuteix de debò en tota l'economia de cada casa. Podem parlar dels llibres, de les matrícules, dels viatges escolars, del vestit, dels menjadors, dels repassos. Bé ho sabeu prou tots, quan arriben les factures! I l'ensenyança gratuïta no acaba d'arribar o costa de posar en pràctica. Per altra banda la nostra economia general no és gens agradable.

Teniu també tots els pares el problema dels vostres mateixos fills. Segons les diverses edats d'ells, se vos presenten d'una manera o d'una altra. Quan són fillets, potser perquè no volen anar a escola i ploren; quan són al.lots, per si estudien o no en tenen ganes; quan són més grossos, per si agafen aquesta carrera o aquest ofici o què faran o no faran. Principalment sé que teniu alguns pares situacions crítiques, que avui es donen massa vegades entre pares i fills, sobre el problema religiós de la fe, de la manera de viure en cristià, del compliment de les pràctiques religioses, cosa que fa pujar de to les tensions familiars. Aquí vos diria, pares, que heu de donar bon exemple de la vostra fe cristiana, viva i viscuda, inculcant-la als vostres fills, sempre, però, sense impositcions dràstiques i autoritàries que perjudicarien més que afavoririen el que voleu aconseguir i esperau dels vostres fills.

Però, i sobretot, per jo, els pares teniu un problema més greu en aquest assumpte de l'ensenyança. I és el "vostre" problema. Sí, així, entre cometes. El que em preocupa més és el "vostre" problema escolar. Perquè —i aquesta és la pregunta fonamental— vos en preocupau vosaltres, pares, de l'educació i de la formació dels vostres fills?

Pens que molts pares tenen la temptació i cauen en ella, de des- preocupar-se de l'ensenyança dels seus fills. "Açò, diuen, és cosa dels mestres". Altres: "Jo no sé de lletra, jo tinc altres malsdecaps en els negocis, en la feina i m'he de preocupar de dur el pa a casa amb el meu jornal". I és ver. Uns pels negocis, altres per vessa, altres per poc interès prescindeixen d'aquesta responsabilitat tan essencial. ¿Es dóna aquí entre nosaltres que alguns pares no veuen casi bé mai els seus fills i ni parlen ni dialoguen amb ells, perquè altres assumptes els retreuen de casa? Els pares són els primers i els principals educadors dels seus fills. El mestre, el professor, el sacerdot, el catequista no són altra cosa que uns ajudants, molt qualificats certament, dels pares, en tot aquest negoci de l'educació dels fills.

Avui, normalment, tots els Centres escolars tenen organitzada una Associació de pares de família per a preocupar-se de la marxa del col·legi on tenen els seus fills. Podríem preguntar quin tant per cent de pares s'interessen de debò en aquestes associacions i durant tot el curs.

Podria continuar allargant-me en aquest assumpte tan important per a la vida de les noves generacions. Pens fer-ho durant el curs, si Déu vol, perquè encara queden coses més concretes per a dir i fer. Pensau, pares, sobretot els cristians, que sempre hem d'estar esperançats però que hem de posar mans a la feina per a un treball fecund i que produeixi molt de fruit. Hala, idò. Comprometeu-vos i feis feina i no sigueu pares distrets i despreocupats. Tenim obligació en tot açò per deixar una futura generació, que avui es veu molt amenaçada amb tants de perills com comporta la nostra societat de consum i de desinterès, que sàpiga fer front a tots ells i caminar rectament com a homes cabals i cristians autèntics.

M'ha agradat de poder parlar-vos aquesta estona i dir-vos el meu sentiment i els meus consells. Sabeu que prec per tots vosaltres i que estic sempre disposat a ajudar-vos en tot el que pugui i estigui a la meua mà.

Vos saluda i beneeix,"

I tots vosaltres, també, estimats radiooients, sabeu que, fins la setmana que ve, en què vos tornaré a parlar, vos acompanya la meua oració i la meua benedicció.

Carta oberta als professors que fan escola a Menorca

Estimats radiooients,

Divendres passat vaig escriure i llegir aquí a Radio Popular de Menorca una carta dirigida als pares que tenen fills en edat escolar. Ara, pens que avui no tinc més remei que fer-ne una altra a tots els professors que fan escola a Menorca. Per açò, els dic:

Estimats professors, Déu vos guard!

Vull començar aquesta, demanant la vostra indulgència. I no perquè m'atrevesqui a dirigir-vos aquesta carta que llig públicament i que tots rebreu per mitjà d'aquesta radio o del diari. No. Ho faig, primer, perquè me'n tem que ens hem vist poc i que, en els quasi dos anys que port aquí a Menorca, he tingut pocs o nuls contactes amb vosaltres, àlmanco específicament com a mestres que sou. Amb molts, certament, religiosos, religioses i bons cristians sí que hem tingut converses i hem rallat de tants i tants problemes que vos afecten. Però, sense precisar massa.

I, segonament, un altre motiu de la vostra indulgència és que més tost jo i, potser també d'alguna manera, l'Església que represent, ens hem preocupat de la feina que volíem que féssiu amb els vostres alumnes, de cara a la seva formació religiosa, i potser no prou dels problemes ben greus amb què continuament vos topau de la vostra formació intel·lectual, de la vostra vida de magisteri, dels problemes estructurals i personals que comporta tota una legislació escolar.

Voldria que aquesta meva carta, juntament amb l'afecte i l'estima amb què vos la faig, fos l'inici o, en certs casos, la continuació d'un diàleg i d'una preocupació pastoral per tot el que afecta la vostra vida, la vostra vocació.

Perquè jo pens que la vostra feina a l'escola necessita certament una vocació, ha d'ésser aquest vostre treball, fruit d'una vocació sentida i viscuda cada dia més. Vosaltres sabeu molt bé, pels estudis que heu fet, que prendre un camí diferent del que hom desitja i al qual el crida la seva vocació, duu sempre cap a problemes interns complicats i cap a deformacions professionals que després repercuteixen també en els altres.

A més, la vostra vocació de mestre és una vocació sagrada. Vull dir, una vocació a la qual no és cridat qualsevol, una vocació que fa que hom dugui en les seves mans i tengui a la seva disposició, atenció i cura de les vides —tot el que és una intel·ligència i una voluntat humanes— encara fràgils i dúctils de la infantesa, l'adolescència i la joventut de tot un poble. I açò, tots ho compreneu, és cosa sagrada. Per açò Jesús va dir: Ai d'aquell que escandalitza a un d'aquests petits (Mt. 18,6; Mc. 9,42).

Aquesta vostra vocació, sé, estimats professors, que vos infon un amor i un respecte envers els vostres alumnes. No és llenya, ni ferro ni cuir el que teniu entre mans. No és un material, que, aquell que el treballa, l'empra i el transforma i després queda content i satisfet de la seva producció. No. Vosaltres teniu vides, teniu persones que també heu de treballar i transformar, però amb aquella delicadesa, amb aquella finor, amb aquell tracte que devem a un semblant a nosaltres.

El respecte que deveu als vostres alumnes comporta també un servei vostre envers els pares que vos els han confiats. I ha d'ésser un servei d'educació i de formació en tota la línia dels coneixements que heu

de mostrar-los. Jo voldria ara referir-me particularment a dos d'aquests serveis que aquest curs són de més actualitat per a nosaltres.

El primer és l'ensenyança de la religió, la formació religiosa que vos poden exigir els vostres alumnes o els seus pares. En els moments actuals, donades les circumstàncies i els sistemes de govern de la nostra societat, però sobre tot, fonamentant-me en la doctrina de l'Església, a partir del Concili Vaticà II, vull ésser i som molt respectuós amb el pensar i amb la consciència de cada un de vosaltres. Sí que vull urgir als mestres creients la responsabilitat que tenen en aquest punt de prestar un servei generós i fidel en bé dels seus alumnes i dir-los i demanar-los que assumesquin, a pesar dels dubtes i de les dificultats que puguin tenir, aquest servei de mostrar la religió als seus alumnes, fins i tot en un aspecte de servei a la comunitat eclesial. I a tots vos deman el respecte que sempre s'ha de tenir i es deu a unes actituds religioses que provénen d'una fe profunda i viva dels pares i dels seus fills, alumnes vostres.

El segon punt es refereix a la cultura menorquina, aquest tresor preuat de la nostra illa, amb tota la seva singularitat i personalitat. Perquè un poble, tot poble, té dret a la seva cultura i a la seva llengua. I açò és una cosa "natural", vull dir de naturalesa, de creació. Una cultura no és mai una cosa "política", ni la política s'ha d'emprar per finalitats bastardes. Escoltau un text que treu de la constitució "Gaudium et Spes" del Vaticà II: "No és de la competència de l'autoritat pública determinar el caràcter propi de cada cultura, sinó el posar les condicions i prendre les mesures adients que promoguin la vida cultural entre tots, fins i tot dintre de les minories d'alguna nació. Per açò, s'ha d'insistir sobre tot per evitar que la cultura, apartada del seu propi fi, es converteixi en instrument del poder polític o econòmic" (G. et Spes, 59, final).

I tot açò ho dic perquè sé que alguns professors hauran d'integrar-se i potser "encarnar-se" en el que els pertoca per a respectar aquest ordre natural al qual tenen dret els seus alumnes. En tot el que jo, bisbe, puc dir i urgir en aquesta matèria, ho faig de debò per tots aquells centres i col·legis de l'església i per tots els mestres creients que volen respectar i acatar les ensenyances de la seva Església.

Bé, estimats professors. Aquesta carta que vos escric tota d'un cop, potser ha anat cap a altres temes dels que n'havia proposat primerament. Ja m'ho sabreu dispensar. Sé que haurà servit per a començar una relació que jo voldria acollidora i fraternal i que servigués per tal que sempre trobàssiu en mi l'amic que vos ajudàs i es posàs al vostre costat, a pesar de les limitacions, ara més accentuades encara, de la meva persona i del meu càrrec.

Amb una salutació i un record afectuós per a tots".

I també per a tots vosaltres, estimats radiooients, que sabeu que fins la setmana que ve en què vos tornarè a parlar, vos acompanya la meva oració i la meva benedicció.

[REDACTED]

HA PASADO A LA CASA DEL PADRE

El Rvdo. D. Juan Gutiérrez Pons

Nació en Mahón el día 31 de Enero de 1898. Ordenado sacerdote el día 24 de Septiembre de 1921, en la Capilla de la Residencia Episcopal. Falleció el día 6 de Septiembre de 1979 en el Hospital Municipal de Mercadal, recibidos los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

Había desempeñado diversos cargos al servicio de la Diócesis: Vocal del Consejo de Vigilancia, Párroco Consultor, Cura Párroco de San Francisco de Mahón, Capellán de las Religiosas Concepcionistas y confesor de diversas Comunidades Religiosas.

Licenciado en Filosofía y Letras, había ejercido diversos cargos docentes.

Descanse en paz.

[REDACTED]